

**Jueves XXXIII del TO  
Ciclo A**



23 de noviembre de 2023

1Mac 2, 15-29

Sal 49

Lc 19, 41-44

*P. Eduardo Suanzes, msps*

Con su griterío entusiasta, la multitud continúa acompañando a Jesús mientras se acerca a Jerusalén. Entra en la ciudad montado en un pollino, y en ese momento, y con un contraste de vivo dramatismo, el evangelista presenta al propio Jesús en medio de la gente, con los ojos arrasados en lágrimas por la suerte que le espera a esa ciudad, inconsciente de su propio destino. Para cuando Lucas escribe su Evangelio, el hecho, acaecido en el año 70, ya ha sucedido históricamente.

En medio del tumultuoso entusiasmo que se desata con motivo de su entrada en Jerusalén, Jesús llora al reflexionar sobre el destino de la ciudad que «no comprende lo que lleva a la paz». Para el oído del pueblo, Jerusalén lleva impresa en su nombre, como un destino, la paz. Los peregrinos la saludan con la paz (Sal 122). Jesús le anuncia la llegada del rey y la paz. Esa «ciudad bien compacta» del Salmo será arrasada por las hordas romanas cansadas ya de soportar sus peculiaridades.

Jesús llora, y no es éste un gesto habitual de Jesús en Lucas. Pero no sólo llora, sino que llora en público, con lo que esto significa para un adulto: se puede llorar en privado, pero llorar en público supone una violenta e incontenible emoción; y Jesús no es precisamente una persona débil. Eso no puede significar sino una cosa: que algo extraordinario bulle en su interior. Y eso es lo que debemos descubrir por gracia. Es ese el punto: qué es lo que bulle en el corazón de Jesús que le hace explotar de esa manera en público.

El nombre de la ciudad, «Jerusalén», encierra un juego de palabras asociadas con Shalom, con paz. Así se entiende la intensidad de las palabras de Jesús: «*¡Si también tú comprendieras en este día lo que lleva a la paz!*». Es un modo semita de decir: «¡Cuánto me habría gustado que comprendieras...!»). Es decir, la ciudad cuyo nombre va asociado a la paz no reconoce lo que la puede llevar a esa paz, no reconoce al portador de la paz que viene del cielo, no reconoce a su «rey» de paz. Su papel en la existencia pacífica de la humanidad está oculto a los ojos de la ciudad, porque no reconoce el tiempo de su visita, la oportunidad que Dios le da.

Pero Jerusalén no tiene ojos para descubrirlo. Una vez más el tema de la ceguera que acompaña a todo el viaje de Jesús: el ciego de Betsaida, el ciego Bartimeo de Jericó, Zaqueo que no podía ver por su baja estatura, y ahora, quien está ciega es la Jerusalén entera. Ciega por su propia irresponsabilidad.

En otro momento se relata en el Evangelio, esta vez el de Juan, que Jesús llora, y es en la muerte de su amigo Lázaro. Pero de una manera plástica el evangelista también lo relaciona

con el «no ver y el ver». En efecto, Jesús llora ante el sepulcro de Lázaro, y algunos de "los judíos" exclaman: «¡Miren cuánto lo quería!». Y otros replican: «¿Éste, que dio la vista al ciego, ¿no podía haber evitado la muerte de Lázaro?» Devolver la vista se equipara al haber evitado la muerte. Una vez más, «dar la vida o evitar la muerte» se equipara al «ver». En este caso del Evangelio de Lucas, Jesús no puede evitar la muerte de Jerusalén, porque «no hay más ciego que el que no quiere ver» y Jerusalén no quiere hacerlo.

Mirando las cosas en perspectiva mesiánica, al rechazar al enviado de Dios, Jerusalén se destruye a sí misma, no porque Dios lo quiera (precisamente por lo contrario Jesús llora) sino porque el rechazo de la vida provoca en nosotros mismos la muerte. Cuando entramos en barrena, en dinámicas de muerte, cuando el orgullo personal se adueña del centro de nuestro ser, cuando la referencia de todo lo que nos sucede somos nosotros mismos, cuando no abrimos nuestro corazón a la paz porque es mucho más importante nuestro ego herido, estamos cerrando nuestro corazón al que es la Vida, al que es el Príncipe de la Paz. Por eso cuando perdemos la paz no debemos preguntarnos qué es lo que me han hecho o por qué me lo han hecho, sino, más bien, qué estoy procesando mal dentro de mí que está haciendo que me cierre a la acción de la vida que es Jesús.

El llanto de Jesús le revela, le muestra, en toda su hondura afectiva humana. Jesús no fue, ni es ahora insensible al dolor del tiempo, aunque él viva en la eternidad, en la comunión con el Padre. En las lágrimas de Jesús se nos muestra el cariño de Dios que se transforma en solidaridad y pena por nuestro mismo dolor. En el caso de su llanto ante la tumba de Lázaro fueron las lágrimas de María, la hermana del difunto, las que provocaron el de Jesús. Ahora es el desastre que se avecina sobre Jerusalén. Jesús llora, como lo hará ante la tumba de Lázaro, porque el resto de Israel ha muerto. Él lo va a poner en pie en una realidad nueva, pero las instituciones no han sido fieles a la palabra de Dios y han arrastrado a todo Israel a la ruina, a la tumba. Es más, la ciudad matará al autor de la Vida.

No hay mayor dolor que el provocado por un amor rechazado. El amor de Jesús está siempre presente sobre nosotros, por tanto, su llanto, su tristeza también está continuamente presente al comprobar que a veces preferimos las tinieblas a la luz, la ceguera al querer ver. Este es el misterio de los dolores internos de Jesús

Pidámosle hoy la gracia de comprender lo que bulle en su corazón, de entender su dolor frente al hombre que le vuelve la espalda para que nosotros tampoco seamos insensibles ante el dolor humano.